

disputar unos con otros. El sol lanzaba sus más ardorosos rayos y el camino á las líneas de la población civil, tendido en línea recta, estaba tan bañado por el haz inmenso de los rayos solares, que parecía que se había metido de cabeza en los ojos del astro del día.

Un punto pequeño é indefinible se levantó en el extremo del camino; después fué creciendo y creciendo hasta tomar la figura de un caballo con algo parecido á unas parrillas sobre los lomos. El haz de luz solar brillaba á través de los hierros de las parrillas.

Un soldado se puso la mano sobre los ojos para resguardarles del sol, miró y dijo:

—¡Qué demonio trae aquel jaco encima! Pasó un minuto, se oyó un relincho que hombres y caballos conocían en el regimiento, y vieron dirigirse derecho hacia la banda el caballo pío, ¡el caballo muerto y enterrado!

En la cruz del animal resonaban con horrible estrépito los timbales de plata, cubiertos por negros crespones y en la silla, rígido, con aire muy marcial y con la cabeza desnuda iba montado un esqueleto.

¡La banda dejó de tocar y por un momento reinó un silencio espantoso, horrible!

De pronto, uno—los soldados dijeron después que fué el sargento mayor—clavó espuelas á su caballo y salió corriendo, dando alaridos. ¡Después... después... nadie puede decir exactamente lo que ocurrió, pero á lo que parece, por lo menos un hombre en cada escuadrón se vió asaltado por el pánico; corrió y los demás le siguieron como manadas de ovejas!

Los caballos, que apenas habían mojado los befos en el agua, se encabitaron y comenzaron á hacer cabriolas, pero apenas la banda rompió;—lo que hizo cuando la sombra del caballo pío estaba á poco menos de un kilómetro de distancia,—todos los demás siguieron el ejemplo, y el estrépito y furia de la huida y de la arrancada, tan distintos del ruido y del movimiento ordenado de una maniobra ó de las carreras á discreción para ir al agua, les hicieron espantarse más y más.

Los animales conocieron que sus jinetes estaban aterrados por algo, y cuando se enteran de esas cosas todo está perdido; ya no hay nada seguro más que la catástrofe!

Escuadrón tras escuadrón volvieron grupas al abrevadero y comenzaron á esparcirse, co-



rriendo por todas partes como si fueran torrentes de azogue.

El espectáculo fué verdaderamente asombroso, porque como hombres y caballos estaban con el mayor descuido y comodidad, los cañones de las carabinas, golpeando los ijares de los animales precipitaban la carrera de éstos.

Los hombres gritaban, blasfemaban y trataban de alejarse de la banda, á la que el caballo pío iba dando caza, mientras el fantástico jinete, inclinado hacia adelante, parecía excitado como si tratara de ganar una apuesta.

El coronel había entrado en el círculo á echar un trago, seguido por la mayor parte de la oficialidad, y cuando el oficial de servicio se disponía á bajar para que el sargento mayor le diera el parte, la banda dejó brusca-mente de tocar el «Vuélveme de nuevo á Londres», llevando apenas veinte compases, por lo que todos se preguntaron con asombro:

—¿Qué ha ocurrido?

¡Un segundo después oyeron el ruido más antimilitar de la tierra, y vieron á lo lejos, en la llanura, á los húsares blancos corriendo, volando desalados, en el más espantoso desorden!

El coronel se quedó mudo de rabia creyendo, ó que el regimiento se había sublevado ó que todo él estaba borracho.

La banda, un pelotón desorganizado, avivaba, loca de terror, la carrera, y el caballo pío, ¡el caballo muerto y enterrado!, con el esqueleto, que se balanceaba y crujió sobre la silla, iba dándole alcance por momentos.

Hogan-Yale se acercó á Martyn y le dijo al oído, con voz tranquila.

—¡Ni el hierro soportaría esa prueba!

La banda, que había dado la vuelta como una liebre acosada, retrocedía; pero el resto del regimiento había desaparecido y corría como un azote por toda la provincia, porque los hombres, cegados por el polvo, creían ver galopando á su lado, al caballo pío.

El ganado de los regimientos está, generalmente, bien tratado, y, en caso de apuro, puede correr mucho aunque lleve encima más de nueve arrobas.

Los jinetes lo adivinaron.

¿Cuánto tiempo duró el pánico? No lo sé. Creo que cuando salió la luna los hombres vieron que no tenían nada que temer, y por parejas ó secciones retrocedieron, y, sin hacer



ruido, fueron escurriéndose dentro de los cuarteles, muy avergonzados de sí mismos.

Entretanto, el caballo pío, disgustado por la descortesía de sus camaradas, dió la vuelta en redondo, haciendo un esfuerzo, y, al trote, se dirigió á la escalinata del círculo de oficiales en busca de un pedazo de pan.

Nadie pensó en correr, pero nadie salió tampoco á su encuentro hasta que el coronel se adelantó, cogiendo al esqueleto por un pie.

La banda había podido detenerse á algunos pasos de distancia y retrocedía lentamente.

El coronel comenzó por reconocer el caballo, y al convencerse de que era de carne y hueso, empezó á echar sapos y culebras por la boca, insultando á los húsares individual y colectivamente.

Después dió un puñetazo en los timbales, encontrándose con que estaban hechos con papel de plata y bambú; y jurando siempre como un condenado, pretendió desarzonar el esqueleto, lo que al principio le fué imposible porque estaba cosido á la silla.

La facha del digno jefe con el brazo alrededor del extraño jinete y la rodilla apoyada

en los ijares del caballo, producía asombro, ya que no me atreva á decir que causaba risa.

Por fin, al cabo de dos minutos de estar derrengándole, logró echar el esqueleto al suelo, y dirigiéndose á los hombres de la banda, gritó:

—¡Venid aquí, miserables! Esto es lo que os ha hecho huir espantados!

El sargento de trompetas pareció que reconocía el hecho, porque comenzó á sonreír plácidamente.

—¿Puedo quitarle de enmedio, mi coronel?—preguntó.

—¡Sí, llévesele usted al infierno, y vayan ustedes con él!

El sargento saludó, izó el esqueleto, le echó sobre el borrén de su silla y se encaminó á la cuadra.

Después de esto, el coronel comenzó á hacer averiguaciones respecto al resto del regimiento, y el léxico que usaba era verdaderamente estupendo.

¡Iba á disolver el cuerpo; á formar consejo de guerra á todo bicho viviente; no quería mandar más á aquella gentuza, etc., etc.!

Cuando los hombres comenzaron á apare-



cer, uno á uno, su lenguaje se volvió más y más expresivo, llegando á traspasar los límites que para la libertad de palabra se han concedido siempre á los coroneles de caballería.

Martyn llamó aparte á Hogan-Yale y le manifestó sus temores de que cuando se descubriera todo les obligaran á dejar el servicio.

Martyn era el más apocado de los dos. Yale arqueó las cejas y murmuró:

—Soy el hijo de un Lord y, además, estoy tan inocente en la resurrección teatral del caballo como un niño antes de nacer. Las instrucciones mías—añadió con la sonrisa más dulce—se limitaron á que el pío nos fuera devuelto de la manera más aparatosa posible. ¿Tengo yo la culpa de que un amigo, bruto como una mula, nos le haya enviado en tal guisa que ha vuelto loco á todo un regimiento de caballería de S. M. la Reina!

—¡Eres un hombre grande—repuso Martyn—y llegarás á general! Pero yo daría mis probabilidades de mandar un escuadrón por salir con bien de este asunto.

La Providencia les salvó.

El teniente coronel se llevó al coronel á la

pequeña habitación, de sendos cortinajes, donde los oficiales solían jugar al poket por las noches, y previos algunos tacos del jefe, estuvieron hablando en voz baja.

Sospecho que el teniente coronel atribuyó el pánico á un soldado cualquiera que no sería posible descubrir, y sé que se detuvo mucho en la torpeza y en la vergüenza que representaría el hacer público objeto de chacota el pánico del regimiento.

—Nos van á llamar—añadió el segundo jefe, que era hombre de ingenio—*Los palominos espantados ó Los monteros del fantasma*, y de un extremo á otro del ejército vamos á ser objeto de burlas injuriosas, porque aunque nos empeñemos, nadie creerá que los oficiales no estaban con el regimiento en el momento del pánico. ¡Por el honor del cuerpo y por el bien de usted, no remueva usted la cosa!

El coronel estaba tan estenuado á fuerza de rabiar y gritar, que calmarle era empresa más fácil de lo que hubiera podido creerse. Poco á poco y por grados le hizo ver el segundo jefe, que era tan imposible someter todo el regimiento á un consejo de guerra, como hacer responsable á cualquier subalterno,



puesto que ninguno de ellos, en opinión del teniente coronel, podía haber tomado parte en la broma.

—Pero el caballo vive—refunfuñó el coronel—no ha sido fusilado, y este es un flagrante delito de desobediencia. Por menos que eso he conocido á un hombre que perdió su carrera; ¡por mucho menos! ¡Se han burlado de mí, Mutman, se han burlado de mí!

El segundo jefe volvió á sentarse, para ver si podía calmarle, y estuvo luchando con él cuerpo á cuerpo durante media hora.

Al cabo de este tiempo, el sargento mayor tuvo que dar el parte. La situación era un tanto nueva para él, pero el hombre no se apuraba fácilmente. Saludó y dijo:

—Mi coronel, todo el regimiento ha vuelto. —Y para hacerse agradable al jefe añadió:— Los caballos sin novedad.

El coronel dió un bufido, gritando:

—¡Más valía que hubiera usted metido á los hombres en la camita y hubiera cuidado de que no se despertaran y se levantaran dando alaridos durante la noche!

El sargento mayor se retiró.

Esta modesta prueba de ingenio pareció

dejar satisfecho al señor coronel, puesto que mostróse ligeramente arrepentido del lenguaje que había usado.

El teniente coronel volvió de nuevo á la carga hasta fastidiarle, y los dos estuvieron sentados y conferenciando la mayor parte de la noche.

A los dos días hubo una revista, pasada por el comandante general, y el coronel arengó á los húsares blancos. Lo capital de su discurso fué: que desde el momento en que el caballo de los timbales, á pesar de ser tan viejo, había logrado hacer que corriera todo el cuerpo, le juzgaba digno de volver á su puesto de honor á la cabeza de la banda, pero que el regimiento era una pandilla de rufianes, sin conciencia del deber.

Los húsares aplaudieron, tiraron por el aire todo lo que pudieron tirar, y cuando la revista concluyó vitorearon al coronel hasta enronquecer.

Ninguno se acordó de vitorear al teniente Hogan-Yale, que sonreía dulcemente en su puesto de fila exterior.

El teniente coronel dijo al coronel, aunque no en forma oficial:



—Estas cosas dan popularidad, sin afectar en nada á la disciplina.

—¡Pero no he cumplido mi palabra!...

—¿Qué importa? Los húsares blancos le seguirán á usted, desde hoy, á todas partes. Los regimientos son como las mujeres. ¡Lo hacen todo por unos trapos!

Una semana después, Hogan-Yale recibió una carta singularísima firmada por un señor que se llamaba Secretario del Amor y el Celo por las investigaciones, 3.709, E. C., pidiendo la devolución de un esqueleto, que, según las noticias adquiridas por aquella Sociedad, debía encontrarse en poder del oficial.

—¿Qué endiablado lunático es éste—preguntó Yale—que comercia con huesos!

—Perdone usted, mi teniente—dijo el sargento de trompetas—el esqueleto le tengo yo y le devolveré si usted paga la conducción hasta las líneas civiles. Tengo también un ataúd.

Hogan se sonrió, y entregándole dos rupias, le dijo:

—Hágame usted el favor de poner la fecha en el cráneo.

Si dudan ustedes de la verdad de esta his-

toria y saben dónde tienen que ir, vayan á ver la fecha grabada en el esqueleto, pero no hablen ustedes de ello á los húsares blancos.

Yo conozco algo de lo ocurrido porque preparé el caballo pío para su emocionante resurrección.

¡Lo de ponerle encima un esqueleto no le hizo mucha gracia!

FIN



## FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
VII	11	pléyade	pléyades
3	23	Sinla	Simla
23	16	á hombres civiles	hombres civiles
37	26	si usaba de ella	ni usaba de ella
49	1	La que está	Lo que está
61	17	pasión mórvida	pasión mórbida
85	8	que en cielo eterno	que en ciclo eterno
104	4-5	cubierta de herizadas	cubierta de erizadas
106	18	la irritó; hirguiose	la irritó; irguióse
141	5	Muerta tu madre fué	¡Mortal! Tu madre fué
158	13	Unballa	Umballa
179	6	fué profeta	fué profetisa
187	11	lo que relacionaba	lo que se relacionaba
211	8	Osford	Oxford
214	7	á la geringonza	á la jerigonza
265	14-15	estaban	estaba
267	3-4	quedarse	guardarse



